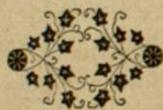


Contempla esa prenda, la dice; la guardo
 cual guardó en el alma tu púdico amor...!
 Abrió ella la caja, y al verla... ¡Ricardo!
 Frenética y loca, ¡Ricardo! exclamó.

¡Su cabeza! gritó.—Sus bellos ojos
 Giraron en sus órbitas violentos,
 Erizóse su lengua cabellera
 Al contemplar de su adorado amante
 Los despojos sangrientos...

—¡Hiena! dijo, jamás tu mano aleve
 Mi frente tocará, soy suya! Impídeme
 Que me una á él! ¡Oh mónstruo abominable!
 Luego, lijera, cual serpiente airada,
 Con el corvo puñal del moro atónito,
 Hirióse con furor y cayó al punto
 Sobre el muelle tapiz ensangrentada.



MARÍA DE LOS ÁNGELES.

LEYENDA.

I.

LA CITA.

ENTRE dorados reflejos
 Y celajes de colores
 Que forman vistosos grupos
 Sobre la cima del monte,
 Declina el ardiente Sol
 Y ya en ocaso se pone,
 Cuando sube en occidente
 Masa gigantesca, informe,
 De pardas nubes que giran
 Trepando al zénit veloces,
 Y en cuyos senos se encienden

Relámpagos brilladores
 Que iluminan por instantes
 Cenicientos nubarrones,
 Dejando después un campo
 En donde viene la noche
 Negra, amenazante, horrible,
 A enseñorearse en el orbe.
 Y en tanto natura jime
 Y se envuelve en sus crespones,
 De la tempestad temiendo
 Los crudísimos rigores,
 Bajo un humilde portal
 Donde anidan los aviones,
 Sobre una musgosa piedra
 Está una mujer entonces
 Estática contemplando
 De ocaso los resplandores,
 Y por sus lindas mejillas
 Dos lágrimas lentas corren,
 Que, desprendiéndose al fin,
 Entre los pliegues se esconden
 De la abandonada falda
 Que el aire agita veloce:
 ¡Ay! desgraciada paloma

A quien el pesar corroe,
 Como el asqueroso insecto
 Que en una rosa se pone!
 Está esperando con ansia
 Que se escondan los fulgores
 De ese moribundo Sol
 Tras de las peñas del monte,
 Pues bajo de aquel portal
 Ha de entablar en tal noche
 Con Eduardo de Aguilar
 Dulces pláticas de amores.
 ¡Ah, los instantes más breves
 Cuán pausadamente corren
 Para quien espera el bien
 En que su ventura pone!
 Así la infeliz María
 De los Angeles, que el nombre
 Es éste de la mujer
 Cuya historia en mis renglones
 Escribo, las horas cuenta
 Acosada de temores,
 Y siente en su tierno pecho
 Punzando los agujones
 De desgarradora duda

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

v. edic. 1625 MONTERREY, MEXICO

En tanto cierra la noche;
 Hasta que por fin cubriendo
 Las sombras el horizonte,
 El espacio vanamente
 Con la mirada recorre
 La enamorada María
 Presa ya de mil dolores,
 Y porque los elementos
 Estuviesen más acordes
 Con el estado de su alma
 El huracán desatose,
 Y bramaron los torrentes
 Con formidables rumores,
 Y en el terrible espectáculo
 Que ante su vista se pone
 Más y más de su pasión
 Se enciende el volcán entonces,
 Y de soberano aliento
 Se siente animada, y corre
 Al través de las malezas
 Y de peñascos disformes
 Al encuentro de su amante
 Que no llegará en tal noche;
 Que, aunque es mancebo atrevido

Y por intrépido corre,
 Hay tempestades que inspiran
 Terror en los corazones,
 Y hay noches, cual la presente,
 Que hasta á las fieras imponen
 Pavor; y tan solo buscan
 Un lugar donde reposen;
 Mas la mente enagenada
 De María no conoce
 Los peligros que la cercan
 Ni el abismo que le esconde,
 Y, desatinada y loca,
 A los vagos resplandores
 De los lívidos relámpagos
 Entre la selva perdióse.

II.

EL ANCIANO.

Apenas tronó en el cielo
 El amenazante rayo,
 Salió al oscuro portal
 Presuroso un noble anciano;
 Y murmurando «hija mía»

Buscaba el desventurado;
 Mas sólo el rumor del viento,
 La lluvia que los peñascos
 Azota, y el ronco trueno
 Respondieron con espanto.
 Y desolado y lloroso,
 El inconsolable anciano,
 Por todos los aposentos
 Anduvo errante buscando
 A su adorada María,
 Que de su vejez es báculo;
 Pero mientras más discurre
 En el imprevisto caso,
 Menos acierta y más llora;
 Piensa más y piensa en vano,
 Luego fuera de la casa,
 Del jardín por el cercado,
 Por las tapias de la huerta,
 Y por uno y otro patio,
 Sufriendo pesada lluvia
 Anda el anciano gritando,
 Y en todas partes silencio
 Y pavora y sobresalto
 Lo cercan, y no comprende

Aquel insondable arcano.
 Al fin sobre el blando lecho
 Cayó con letal desmayo,
 Estando por largo tiempo
 Sin movimiento postrado;
 Pero de nuevo sus fuerzas
 Lo sacan de aquel estado,
 Y súbito un pensamiento
 Lo asalta, y reflexionando,
 Como el que busca una luz
 Quedó por un breve rato;
 Hasta que al fin en su mente
 Su resolución tomando
 Aparta todos los muebles,
 Abre todos los armarios,
 Y al fin da con unas cartas
 Que María con cuidado
 Guardaba en un cofrecillo
 Que nunca miró el anciano;
 Y á la luz de roja lámpara
 Leyó con gran sobresalto
 De esta manera: «María:
 «Hará poco más de un año
 «Que os sigo constantemente,

«Arrostrando enamorado
 «Vuestros altivos desdenes,
 «Vuestros desprecios no escasos;
 «Concededme, pues, que os vea
 «Para que sepais mi estado:
 «En el portal á las diez,
 «Que yo andaré por el campo.»
 Sin firma estaba la carta,
 Y otra de la misma mano
 Que decía: «Tu altivez
 «Ha de costarte bien caro,
 «Ya sé á quién amas, María,
 «Teme mi venganza.—*El Diablo.*»
 Y aquí llegando el buen viejo
 Despedazó entre sus manos
 El fatídico papel,
 Y en cólera rebosando
 —¡Me la roba!—murmuró;
 Y su rostro seco y pálido
 Iluminó de repente
 El azulado relámpago.

III.

LOS FUNERALES.

Al fin los apiñados nubarrones
 Que enlutaban la bóveda del cielo,
 Gastados por los recios aquilones,
 Formando están un transparente velo
 Por donde lanza tímida, indecisa,
 La soñolienta luna
 El tibio rayo de su luz remisa:
 Las hojas de los árboles gotean,
 Las auras murmurando
 La húmeda tierra por do quier oread,
 Rumorosos sonidos
 En sus alas levísimas llevando;
 Los medrosos reptiles
 Comienzan á silbar entre las grietas,
 Y á la dudosa claridad se mira
 Que revuelan inquietas
 Las aves vagabundas de la noche,
 Que lanzan cual tristísimo gemido
 Su siniestro graznido.
 Todo cambió; las aguas del torrente

Con más pausado son van caminando,
 Y la amarilla Luna,
 En mil espejos por do quier tendidos,
 Con opaco fulgor está rielando.
 Se aspira en el ambiente
 Grato frescor y aromas de las flores,
 Y en el ramage de la selva espesa
 Y en las barrancas hondas,
 Se levantan de nuevo
 Mil plácidos rumores.
 Por estrecha vereda
 Una figura blanca se desliza,
 Cual ninfa sosegada
 Que del cristal de límpida laguna
 Vagarosa y gentil, la faz velada,
 Sale al contacto de amorosa brisa
 Por misteriosos genios evocada:
 Se detiene un instante,
 Y hondo suspiro de su pecho exhala,
 La frente levantando,
 Y la serena Luna contemplando;
 Mas de súbito escucha resonante
 El lúgubre tañer de una campana;
 Su corazón entonces,

Sereno en la terrífica tormenta,
 Sintió un vago dolor que se acrecienta
 Al acento fatídico del bronce.
 Tiende la vista en derredor, las sombras
 De los añosos árboles semejan
 Movibles mónstruos, que, do quier girando,
 Van sus alas deformes desplegando:
 Una luz á lo lejos se divisa
 Vagarosa y rojiza.
 Y en tanto el desacorde clamoreo
 De funeral campana, vago, incierto,
 Se escucha sin cesar tocar á muerto.
 A medida que avanza
 Tristísima María
 Más claramente alcanza
 El sordo acento de salmodia pía:
 Se acerca al fin: la fúnebre comparsa
 Al pórtico llegaba
 De una mezquina iglesia derruida,
 Y con hachas de cera iluminaba
 De no sé qué infelice la partida.
 La joven con asombro contemplaba
 Aquel cuadro terrífico y doliente,
 Vago presentimiento la acosaba,

Y copioso sudor bañó su frente;
 Estática, los labios entreabriendo,
 Y la mirada fija y centellante,
 Los latidos del pecho conteniendo,
 Pálida la color de su semblante,
 El féretro miró; cuando en voz baja
 Hablaban á su lado
 Dos hombres de siniestra catadura.
 —¿Quién es el muerto? preguntó, dejando
 Oír el timbre de su voz tan pura;
 —Eduardo de Aguilar, contestó un hombre;
 Y los aires rasgando
 Un gemido supremo, inexplicable,
 Cayó María de súbito en desmayo,
 Cual pobre arbusto que destroza el rayo.

IV.

UN VOTO SOLEMNE.

Allá en el fondo de un valle
 Que del camino se aleja
 Se ven los techos de teja,
 Al fin de frondosa calle,
 De una casa sola y vieja;

Años ha que en ella mora
 Don Pablo, que acaso cuenta
 Años lo menos cincuenta,
 Y que se halla ausente ahora
 Con pretexto de una venta;

Porque el buen hombre, á creer
 Lo que cuentan sus vecinos,
 Suele comprar y vender
 Ganado, y le da por ser
 Traficante en los caminos:

Otros dicen que atesora
 Bienes de inmensa valía,
 Que no se le ve de día,
 Que sale al salir la aurora
 Ó con la noche sombría;

Pero es lo cierto del caso
 Que es don Pablo hombre de cuenta,
 Todos le ceden el paso
 Corteses, y acaso, acaso,
 No es por compra ni por venta.

En esa casa ruín
 Que se divisa por fin

Allá en el fondo del valle
Al terminar una calle
Y del bosque en el confín,

En mezquina habitación
Y al fulgor de una candela,
Se percibe en confusión
Una enferma en un rincón
Y una vieja que la vela;

Silenciosas por demás
Ambas mujeres estando,
Según la noche va entrando
Se percibe más y más
El pavor que está reinando:

Mas al fin de tiempo largo
Que transcurrió lentamente,
Ante la vieja impaciente,
Volviendo de su letargo,
Alzó la enferma la frente.

—¿En dónde estoy? murmuró
Con imperceptible acento;
El cabello se apartó

De los ojos, suspiró,
Y contempló el aposento.

—Ya vuestro mal no os aqueja
Que tanto me contristaba,
Por Dios que no lo esperaba
Tan pronto—la horrible vieja
Dijo frunciendo la ceja.

—¿Pues qué?...

—Del campo os trajeron;
Que os enfermásteis allí.
¿No lo recordais?

—Sí, sí.

—Y dos hombres os pusieron
Falta de sentido aquí.—

—Gracias, murmuró María,
Con una sonrisa pura,
Pero de nuevo sentía
Renaciendo su agonía
Al peso de su amargura.

—Mañana al amanecer,
Dijo la vieja gruñendo

A María; podrá ser
Que os lleven de aquí, á mi ver,
Según lo que yo comprendo.

Y mil ideas en tropel
Dentro de su mente evoca
A su memoria fiel,
De su perdido doncel
El amor la vuelve loca.

¡Pobre tórtola viuda,
Que en pos voló de su amante,
No sabe que en peña ruda
Del cazador arrogante
Lo hiriera saeta aguda!

¡Pobre mujer que el amor
Arrebatara al tormento,
Como la marchita flor,
Que, perdida la color,
En sus alas lleva el viento!

¿Qué será del pobre anciano
Sin su adorada María?
¿Quién le tenderá su mano?

¿Quién le explicará el arcano
En que su mente extravía,

Y qué será de esa rosa
Que llevan los aquilones
En su furia desastrosa?
Cándida, jóven, hermosa,
Juguete de las pasiones.

Viendo á María sosegada
La vieja, fuese tomando
La puerta medio entornada,
Por la vigilia cansada
Y entre dientes murmurando.

Entonces la joven pura,
En medio de aquel quietismo,
Dando rienda á su amargura
Nuevas penas se figura,
Y se figura un abismo:

Terrible arrepentimiento
Va exaltando su conciencia,
Se avergüenza de su intento,
Y se aumenta su tormento,
Y le pesa su existencia.

Tiembla de su misma falta,
Y llora de amarga pena,
Y su mente se enagena
Porque á su razón asalta
Carcoma que la envenena;

Mas al fin de duelo tanto,
Y de tan duros enojos,
Al cielo elevó los ojos
Contuvo un momento el llanto
Y dijo, puesta de hinojos:

«Madre y Señora mía,
»Que tiendes á los débiles mortales
»Con inefable amor tu mano pía,
»De esta infeliz que llora solitaria
»Acoge la plegaria
»Que con fervor su corazón te envía:

»Dulcísima paloma, Madre tierna,
»Divina flor del ínclito Calvario,
»A tí con fé, con religión, con fuego,
«Mi espíritu se eleva solitario:
»Tú que al pié de la Cruz donde moría
»El Salvador del mundo,

«Hijo de tus purísimas entrañas,
«Llena de amor y de dolor profundo
»Vertistes á raudales
»El llanto que en la tierra curaría
»De la mezquina humanidad los males;
»Tiéndeme ¡oh Virgen! desde el alto cielo
»Una sola mirada de consuelo.
»Viviré para tí, para adorarte
»Y llorar á tus piés arrepentida;
»Del mundo huiré y por siempre
»De toca y de sayal iré vestida;
»Acoge mi oración, Virgen Santísima,
»Mi alma te doy, protege á la que llora,
»A la que triste tu bondad implora:
»¡Ten de mi compasión, Madre purísima!»

Y aquí ocultando la frente
En ambas manos María,
Cesó la oración ferviente,
Y nadie supo imprudente
Si velaba ó si dormía.

V.

LOS BANDIDOS.

Despedía ya la Luna
 En el zenit su fulgor,
 Y brillaban las estrellas
 En dudosa confusión,
 Y en la parroquia vecina
 Sonaron al fin las dos.
 A poco por el camino
 El lento pasó se oyó
 De un caballo, y en los aires
 Un silbido resonó,
 Que fué contestado al punto
 Lo mismo por otros dos.
 De la callecilla de árboles
 Seguía la dirección
 El ginete que ha un instante
 Con un silbo se anunció;
 Al frente de aquella casa
 De súbito se paró,
 Silbó de nuevo y las puertas
 Abiertas al punto vió,

Que cerrándose tras él
 Todo en silencio quedó,
 Sin turbar aquella calma
 El más ligero rumor.
 Era don Pablo sin duda
 El que á tal hora llegó,
 Pues al frente de una mesa
 Y de la vela al fulgor,
 El rostro desencajado,
 Descompuesta la color,
 Y atado su brazo izquierdo
 A poco se le miró
 Como impaciente esperando
 Otro compañero ó dos,
 Con quien entablar despacio
 Deseada conversación.
 Mas no esperó mucho tiempo,
 Pues que la puerta se abrió
 Y penetraron tres hombres
 De aspecto siniestro, atroz,
 Que murmurando un saludo
 Se sentaron en redor
 De la mesa donde había
 Vasos, botella y licor:

Don Pablo viendo á los tres
 Con aire de mal humor,
 Fué el primero que el silencio
 De esta manera rompió:

—Camaradas, mal va
 Este mes con mis hazañas,
 He emprendido tres campañas
 Y salido herido ya.

—¡Cómo! exclamaron los otros,
 —Es cosa de poca cuenta,
 Dijo Pablo; en la tormenta
 Siempre vencemos nosotros;

—Es el caso y tomó un vaso
 Y lo apuró hasta las heces
 Y lo mismo hizo tres veces,
 Y repitiendo,—es el caso....

—Que salimos al camino
 Por un buen soplo guiados,
 Mas no bien asegurados
 De no hacer un desatino,

—Algo se hizo en el albazo
 Pues no eran lerdos los otros,

Murió uno entre nosotros
 Y á mí me tocó un sablazo;

—¿Y por acá? preguntó
 A uno de los embozados
 —También tenemos pescados,
 Uno de ellos contestó.

—Y por Dios que es buena pesca,
 Dijo otro.

—¿De quién se trata?
 —¿De quién? de la mogigata,
 Que sobra quién la apetezca.

—Bravo, bien, tanto mejor,
 Al que hizo por mí el estrago
 Desde luego tome un trago
 A mi salud, de licor.

Los dos embozados vieron
 Al que se estaba callado,
 Y el vaso en que habían tomado
 Por delante le pusieron.

—Bruno ¿no tomas? ¿qué es esto?
 Dijo Pablo al compañero,

Y Bruno dijo:—no quiero,
Poniendo severo gesto.

—No tomas! esto me admira,
Exclamó al mirarlo Pablo.

—Toma ó por vida del diablo
Que vas á llenarme de ira.—

Pero no respondió Bruno
Y los labios se mordió,
Y desde entonces no habló
De lo ocurrido ninguno.

—Toma, gritó Pablo al fin,
Responde cuando te hablo,
Mentecato.

—Sabes, Pablo,
Que eres necio y eres ruín,
Me parece una traición
Como de ave de rapiña
Tener á esa pobre niña
Encerrada en un rincón,

—Y como el tigre saciado
Que ya más carne no quiere

Y guarda mientras dijere
Su banquete ensangrentado,

—Tú guardas á esa doncella
Mientras sanas de tu herida,
Y no te importa, homicida,
Que sea tan pura y tan bella.

—Silencio ya, por el diablo,
No quiero moral, lo entiendes?

—Es que si no me comprendes,
He de explicártelo, Pablo,

—Calla.

—A esa niña respeta.

—¿Qué temes por la doncella?

—Desgracia por tí y por ella.

—¿Conque su suerte te inquieta?

¿Ó será envidia?

—Ya basta,

Dijo Bruno puesto en pié,
Si insistes te mataré,
Maldita sea tu casta!

Y en este mismo momento
Desenvainó su puñal:

Pablo le hizo una señal
Y exclamó: *Tu juramento!*

Bruno lanzó una mirada
De profunda indignación,
Y dejó la habitación
Con fuga precipitada.

VI.

EL SUEÑO.

Transcurrieron ya tres días
Desde la noche fatal
En que Pablo y Bruno hicieron
De las suyas cada cual,
Y entre tanto la amargura
Y la congoja fatal
De María de los Angeles
Se aumentaba más y más,
Sin salir de aquella pieza
Sucia y oscura á la par,
Y sin ver más que á la vieja
Dos veces al día no más
Cuando llevaba alimento,
Volviendo luego á dejar

La puerta muy bien cerrada
Y en silencio y soledad
Aquella espantosa cárcel
Cercada de oscuridad,
Donde la infeliz María
Nunca cesó de llorar,
Eternamente pensando
En su horrible más allá.
Muerto su amante, y su padre
En la agonía quizás,
Pues débil era el anciano
Para golpe tan fatal,
Y sin saber dónde estaba,
Ni quién la pudo llevar
A aquella triste mazmorra
Privada de libertad,
Y en continuas congeturas,
Procurando adivinar
De aquellos hondos misterios
La causa con claridad.
Aquella enjaulada tórtola
Se afanaba sin cesar,
Y ya en su débil cerebro
Comenzaban á cruzar

De la voraz calentura,
En tumulto pertinaz,
Las visiones espantosas
Que miedo al enfermo dan.
Mas una noche que el sueño
Pudo tranquila tomar,
Y dormía como un niño
Con palpitación igual,
Se entreabrió pausadamente
La puerta cerrada ya
Por la imperturbable vieja,
Y Pablo logrando entrar
Se paró frente del lecho
Con espantoso ademán,
Mirándose por su labio
Una sonrisa vagar,
Una sonrisa siniestra,
Sonrisa de Satanás.
La encantadora María
En el profundo solaz
De su sueño sonreía
Con sonrisa celestial,
É incorporándose á poco,
Con apacible ademán,

De hinojos sobre su lecho
Como si fuera á rezar,
Alzando al cielo los brazos
Quedó sin pestañear,
Y del cuadro de la Virgen,
Que sobre una mesa está,
Con lentitud se desprende
Azulada claridad
Que en mil rayos se reparte
Y sobre el semblante da
De María arrodillada
Que, en éxtasis celestial,
Mira á la Virgen purísima
Que entre ángeles está
Dirigiendo una mirada
De sublime claridad,
A la que ya arrepentida
Su falta supo llorar:
Y aquellos ángeles blancos
Que rodean sin cesar
A la Reina de los cielos
Y culto de amor la dan,
Batiendo sus alas diáfanas
Con blando vaivén igual,

Sobre nubes plateadas
 Y bajo el iris de paz,
 Entonan divinos cánticos
 De armonía celestial;
 Y Pablo nada conoce
 De cuanto pasando está,
 Y sólo se ve sumido
 En profunda oscuridad,
 Distinguiendo escasamente
 En actitud de rezar
 A la que la luz del cielo
 Vino tranquila á bañar;
 Mas un pavor misterioso
 Sintió el bandido al entrar,
 Y acaso por vez primera
 Allí tembló el criminal.
 Iba ya á sobreponerse
 Y nuevo esfuerzo á sacar,
 Cuando sintió los dolores
 De su herida y desangrar
 El brazo que lleva atado,
 Pero con ímpetu tal
 Que vaciló unos instantes
 Temiendo en el suelo dar,

Y retrocediendo entonces
 Fuese la puerta á tomar,
 Diciendo: ¡maldita herida!
 Por Dios que pena me dá!
 Y murmurando entre dientes
 Blasfemias, se fué á tirar
 En un rincón de la pieza
 Ebrio y muriendo quizás.

VII.

BRUNO.

En el oscuro fondo
 De una barranca lóbrega y profunda
 En la desnuda roca
 Está abierta al acaso
 De negra cueva la imperfecta boca,
 Y apartado á distancia con cautela
 Siniestro centinela.
 A la dudosa claridad del día
 Que aquella entrada de la cueva puebla
 Y más profundamente
 Se extingue triste como densa niebla,
 Tres figuras se miran